

Linares como síntoma: malestar y desafección ciudadana en la Andalucía desindustrializada

MANUEL FERNÁNDEZ

Secretario de Estudios y Programa del Partido Comunista de Andalucía

Linares (Jaén, Andalucía) saltó recientemente a las portadas de los principales medios de comunicación de todo el país; concretamente, en febrero de 2021 se hizo pública una grabación donde dos policías fuera de servicio y en evidente estado de embriaguez apalizaban a un hombre y a su hija en plena vía pública. A continuación, esa misma noche hubo graves disturbios en las calles de Linares. Disturbios que se saldaron con una represión policial completamente desproporcionada que incluyó incluso el uso de munición de postas por parte de la fuerza pública. Dichos disturbios, sin querer legitimar el uso de la violencia tumultuosa, no fueron un hecho aislado o una simple reacción al abuso de poder por parte de los agentes implicados, sino que escondían un trasfondo más profundo. Un profundo malestar que recorre las vidas de la Andalucía abandonada y que sufre en sus propias carnes una generación de jóvenes y no tan jóvenes que solo ha conocido crisis y precariedad.

El objetivo de este artículo es, en primer lugar, examinar brevemente los desencadenantes de la historia del auge y caída de la industria linarense para intentar explicar los porqués, y quiénes eran los protagonistas de ese malestar. En segundo lugar, examinar el marco más amplio de la Andalucía abandonada en relación con la emergencia de la España vaciada y la necesidad de articular una respuesta de país en clave federal y solidaria.

Linares ha pasado de ser una ciudad con una actividad económica dinámica a un erial laboral sostenido con subsidios públicos, como veremos; la Andalucía de los ERE y el clientelismo asociado a ellos tiene aquí un ejemplo fundamental. Fue Antonio Maíllo (coordinador de IU en Andalucía entre 2013 y 2019) quien popularizó el paralelismo entre Linares y las ciudades industriales en declive como Detroit o Flint, en las que la crisis de la industria automotriz ha puesto de relieve las contradicciones del capitalismo estadounidense.



Linares cuenta con una historia industrial que se remonta al siglo XIX. Fue una ciudad que creció de manera notable debido a la actividad minera (principalmente extracción de plomo, pero también plata y cobre) impulsada principalmente por capital extranjero. Esta actividad económica y su posición estratégica la convirtió en un eje de comunicaciones ferroviarias y propició su desarrollo urbano, llegando incluso a superar a la capital provincial en número de habitantes y obteniendo el título de ciudad en 1875. A partir de la década de los cincuenta, el sector minero en Linares entró en crisis debido a una caída progresiva de la demanda y la competencia de los concentrados metalúrgicos procedentes de minas polimetálicas; esta crisis culminaría con el cierre del último pozo en 1991.

Fue también en los años cincuenta cuando la dictadura puso en marcha ciertas políticas de industrialización con el objetivo de intentar paliar la situación de subdesarrollo existente en la provincia (el llamado «Plan Jaén» de 1953, análogo al más conocido «Plan Badajoz»). La situación estratégica de Linares, junto a sus buenas infraestructuras de transporte, propició que se convirtiera en el polo industrial de la región con la implantación de empresas, entre ellas OLMESA, ENIRA y, en 1955, Metalúrgica de Santa Ana, dedicada en un principio a fabricar maquinaria agrícola y que, a partir de 1961, se encargaría de fabricar automóviles todoterreno bajo la denominación de Land Rover Santana S.A. La factoría fue adquirida más tarde por la multinacional Suzuki.

Este desarrollo industrial se frustró debido a las políticas de reconversión industrial y a las directrices provenientes de Europa vía tratado de Maastricht, que condenaba a Andalucía a un papel subsidiario dentro del Mercado Común. En 1994 la multinacional japonesa planteaba el cierre de la fábrica de la que dependían, entre empleos directos y empresas auxiliares, diez mil puestos de trabajo. Lo que sigue a continuación es una lucha de una ciudad en defensa de su medio de subsistencia que nos trae ecos de las movilizaciones obreras en torno a los astilleros de la bahía de Cádiz o de Galicia, las protestas en las comarcas mineras o de luchas como la acampada de SINTEL. La lucha de los trabajadores de Santana Motor, conocidos como los «santaneros», incluyó manifestaciones masivas, cortes de carreteras y vías del tren, marchas a Sevilla y Madrid. En la movilización también tomaron parte con un papel destacado las mujeres de los *santaneros* en el sostenimiento de unas movilizaciones que eran las de todo un pueblo. Sin embargo, todo fue en vano: la fábrica cerró definitivamente en 2011 tras varios intentos de reconversión por parte de la Junta de Andalucía. Tras el cierre llegaron las prejubilaciones mediante el sistema de expedientes de regulación de empleo (ERE) diseñado por el Gobierno de la Junta de Andalucía del PSOE y que actuaron como un cortafuegos de la movilización al tiempo que tejía una red clientelar. La partida económica reservada para las prejubilaciones debía aprobarse cada año en los presupuestos autonómicos, pareciéndose más a un chantaje que a un derecho. De esta forma se



garantizaba la paz social y el sustento de los cabezas de familia, pero, a la vez, se condenaba al exilio económico a la juventud. La industria estaba desmantelada y los puestos de trabajo relacionados con el sector habían desaparecido. Una auténtica juventud sin futuro.

En los años posteriores al cierre definitivo de Santana Motor la depresión económica y social en la ciudad eran evidentes. Se produjo una pérdida de población significativa, especialmente de jóvenes en edad de trabajar, cierre de comercios, multitud de planes y cursos de capacitación para el empleo que pocas veces lograban su objetivo y un panorama de total falta de expectativas.

Esta situación llega a su punto álgido en 2017, año en el que Linares salta en los medios de comunicación como la ciudad con mayor índice de paro de España. Esta noticia activó un nuevo impulso movilizador en Linares, una gran manifestación (cuarenta mil participantes según los organizadores) fue convocada por una plataforma ciudadana, Todos a Una por Linares, rápidamente cooptada por intereses empresariales locales y que puede ser comparable a los actuales movimientos en torno a plataformas de la «España vaciada», como puede ser el caso de Jaén Merece Más. Esta plataforma, que se planteaba como apartidista, cosechó ciertas reticencias por parte de la izquierda organizada, hubo incluso debates acerca de la conveniencia de portar banderas y símbolos en las movilizaciones. Afortunadamente se recondujo la situación y fue el propio Antonio Maíllo quien presentó en el Parlamento una iniciativa por la reindustrialización de Linares y su comarca que fue aprobada con una inusitada unanimidad de los grupos presentes en la cámara.

De las medidas propuestas poco o nada se ha hecho; la plataforma ciudadana ha denunciado en múltiples ocasiones el incumplimiento y el abandono que sufre la ciudad, cuyos datos de paro siguen siendo elevadísimos mientras los prometidos proyectos con fondos europeos no terminan de llegar.

Este es el caldo de cultivo en el que surge el estallido de febrero de 2021. Pocos días antes se había anunciado el cierre del Corte Inglés situado en Linares. El cierre de un comercio de este calado cobró un especial significado. De hecho, se habían producido ya algunas protestas por este motivo. En este contexto, el asunto de la agresión de los dos policías borrachos fue solo la chispa que faltaba para prender el polvorín. Aquella noche las protestas alcanzaron un nivel inusitado de rabia que nos recuerdan a los disturbios que protagonizan periódicamente jóvenes de los suburbios o los *banlieus* de cualquier gran ciudad. Sociológicamente, los protagonistas de Linares comparten algunas características con ellos. No se trataron, por tanto, de protestas organizadas; muchos de los que estuvieron en primera línea se trataban de jóvenes lanzados al mundo del menudeo, condenados por el paro a pasar muchas horas en la plaza sin expectativas de nada más.

Pero estos disturbios de Linares dan cuenta de un malestar creciente que no habita solo en Linares. Lo hemos vuelto a ver en la huelga del metal en Cá-



diz y lo veremos en más sitios. Es una reacción frente a la realidad que se está imponiendo en las poblaciones donde antes se desarrollaba una ingente actividad industrial o en las cuencas mineras andaluzas. En estas poblaciones se ha establecido ya como norma que el motor económico sean las prejubilaciones de los antiguos trabajadores industriales, lo que en apariencia establece unas «rentas per cápita» relativamente altas, pero la realidad son tasas de desempleo juvenil elevadísimas sin perspectivas laborales de ningún tipo que no pasen por la emigración.

La traducción política de esta Andalucía desindustrializada es análoga a los procesos de la España vaciada. La plataforma local de Linares y la provincial de Jaén ya han mostrado su sintonía con las plataformas que han surgido en otras provincias. Estas plataformas, algunas vinculadas a Teruel Existe, pero muchas otras independientes, pueden provocar una profundización de la crisis política existente en España al aumentar la fragmentación parlamentaria y dificultar la gobernabilidad. Esto es, paradójicamente, resultado del sistema electoral español, concretamente del factor del tamaño de las circunscripciones, que hasta hace poco se entendía que provocaba sesgos mayoritarios. Pero también es fruto de un malestar evidente relacionado con la profunda fractura territorial.

Lo que la emergencia de la España vaciada como sujeto político pone de manifiesto es que, hoy en día, una de las claves principales en las cuales se experimenta la clase es el territorio. El territorio se ha convertido en un factor fundamental para entender las contradicciones políticas. Se habla de la desigualdad existente en el acceso a los servicios públicos, de la escasez de infraestructuras de comunicación y transporte, de la imposibilidad de desarrollar proyectos de vida debido a la falta de oportunidades laborales, en definitiva, de la falta de políticas públicas de carácter redistributivo que ayuden a superar la brecha territorial existente. Es en este marco donde se sitúan las reclamaciones de la España vaciada, que dan cuenta del citado malestar y desafección frente a las propuestas políticas existentes, pero que se traduce muchas veces en la preponderancia de ciertos intereses particulares y en las que donde, más que la reclamación del derecho a vivir el propio territorio, se cae en el agravio comparativo con otras realidades. Evidentemente, este puede ser un campo de cultivo abonado también para el crecimiento de propuestas más en sintonía con una extrema derecha impugnatoria que con los movimientos de izquierda.

Es en esta «otra España» en la que se vienen produciendo conatos de rebelión, como en Linares, todavía de manera primaria y dispersa. Pero la desindustrialización, la despoblación y el deterioro de las condiciones de vida de los trabajadores y las trabajadoras del sector primario son algunos de los factores que nos indican que las movilizaciones seguirán produciéndose. El sector agrario o los transportistas también están en pie de guerra, y experiencias de movimientos como los de los chalecos amarillos en Francia no son descartables aún en España. Es la otra cara del centralismo, de la organización del



poder económico, político, territorial y simbólico en nuestro país. Una nueva expresión territorial de la crisis de régimen que atraviesa el Estado y que principalmente se había dado, en términos de conflicto centro-periferia, entre las nacionalidades históricas y el Estado central.

Aquí se encuentra el principal reto que plantea a las posiciones progresistas frente la emergencia de los fenómenos políticos asociados a la España vaciada y que, en última instancia, puede contribuir a que la salida de la crisis de régimen bascule hacia posiciones democráticas-populares y no hacia una salida reaccionaria. En este sentido, es clave poner sobre la mesa que la necesidad de un reparto descentralizado del poder y de los recursos del Estado en clave federal es un nexo común entre la España plurinacional y la España abandonada y rural. Por tanto, un nuevo proyecto de país exitoso debe incluir necesariamente elementos de solidaridad territorial y debe ser asumido y construido en común tanto con las realidades nacionales que componen el Estado español como con las realidades territoriales de la España abandonada. De ahí la importancia de un programa político que plantee una visión de país que incluya a estas realidades y que permita la articulación de alianzas diversas para la construcción de una España republicana, federal y solidaria.

La solución federal que plantea la alternativa republicana no puede detenerse solamente en resolver los conflictos territoriales entre las naciones del Estado. Es necesario que incluya principios redistributivos no solo del poder político, también de los recursos económicos. La integración en la construcción del nuevo modelo de Estado de las zonas del país que se han quedado descolgadas, en parte debido a dinámicas relacionadas con la globalización y el modelo de construcción europea neoliberal, debe ser una prioridad. Esta integración supone una apuesta por la soberanía alimentaria, cuidando nuestro mundo rural, pero también por la soberanía industrial; muchas factorías grandes o pequeñas han sufrido procesos parecidos a los vividos en Santana Motor en Linares, sobre todo en las zonas menos competitivas de nuestra geografía. Son necesarias apuestas por un modelo de reindustrialización con criterios de justicia social y sostenibilidad medioambiental. Es imprescindible disputar el relato de los perdedores de la globalización, destacando su componente de clase para evitar una salida reaccionaria.

Desde Andalucía la propuesta que se ha planteado en el nuevo Manifiesto Programa del PCA, aprobado en 2021, tiene como eje el desarrollo de un nuevo sistema productivo, social y ambientalmente sostenible que potencie formas cooperativas, el control democrático de la economía, y que apueste por un futuro para nuestra tierra, también para la Andalucía desindustrializada a partir del fomento del desarrollo endógeno y de su potencial industrial con una apuesta clara por las energías renovables y la industria de base tecnológica. Pero queda mucho por hacer, y es evidente que la desafección y la apuesta por salidas de carácter identitario y reaccionario son la amenaza a la que he-



mos de hacer frente más temprano que tarde. Los discursos esencialistas y el agravio comparativo entre provincias o autonomías no ayudan a construir una alternativa solidaria. Es necesario redoblar esfuerzos en evidenciar el carácter de clase de la desigualdad territorial, recuperar el espíritu movilizador tan presente en Linares durante la lucha por Santana Motor, para construir una alternativa solidaria y de futuro. ★

